

Bases para la construcción de un grupo de trabajo formativo experiencial con varones adultos a partir de la Categoría de Género con enfoque en Masculinidades*

Foundations for the construction of an experiential training working-group with adult males starting from the gender category with a focus on masculinities

Bases para a construção de um grupo de trabalho treinamento experimental com homens adultos da categoria de gênero com foco em Masculinidade

Igor Gerardo Hernández¹

Universidad Central de Venezuela/Escuela de Educación

Resumen

Con esta propuesta se busca resaltar la importancia y pertinencia de sistematizar las experiencias de trabajo con grupos de varones adultos para reconocer e indagar en las prácticas educativas, pedagógicas y didácticas presentes, con el propósito de hacer aportes en la creación de un corpus teórico educativo que consolide estos trabajos grupales, a los fines de reconocer los aspectos pedagógicos, didácticos y metodológicos más significativos en esta experiencia buscando consolidar una propuesta metodológica definida; así también, desarrollar y difundir documentos destinados a apoyar y orientar el trabajo de educadores y demás agentes vinculados con el tema. Todo ello con la expectativa de orientar el diseño y gestión de algunas políticas públicas y sociales referidas a las diversas problemáticas que afectan a los varones en los contextos sociales y culturales vigentes. Todo lo cual está sustentando en la filosofía política feminista, los estudios de género y las masculinidades.

Palabras clave: Sistematización de experiencias de trabajo, Varones adultos, Género y masculinidades.

Abstract

This proposal seeks to highlight the importance and relevance of systematizing experiences of working with groups of adult males to recognize and inspect educational, pedagogical and didactic practices. The purpose is to contribute to the creation of a theoretical corpus on education to consolidate these group works, in order to recognize the most significant pedagogical, didactic, and methodological aspects in this experience, consolidating them into a defined methodological proposal; while developing and disseminating documents to support and guide the work of teachers and other agents connected to the topic. All this, with the ambition to guide the design and management of certain public and social policies regarding the issues affecting men in the current social and cultural contexts. All of the above is rooted in feminist political philosophy, gender studies and masculinities.

Key words: Systematizing working experience, Adult males, Gender and masculinities.

Resumo

Esta proposta visa destacar a importância e relevância de sistematizar as experiências de trabalho com grupos de homens adultos para reconhecer e investigar o ensino, as práticas pedagógicas e didáticas presentes, com a finalidade de fazer contribuições na criação de um corpo teórico educacional que consolide estes trabalhos de grupo, a fim de reconhecer os aspectos metodológicos mais significativos nesta experiência buscando consolidar uma proposta metodológica definida; assim também desenvolver e difundir documentos destinados a apoiar e orientar o trabalho dos educadores e demais agentes vinculados com o tema. Tudo isso com a expectativa de orientar a concepção e gestão de algumas políticas públicas e sociais referidas às diversas problemáticas que afetam aos homens nos contextos sociais e culturais vigentes. Tudo isso sustentado pela filosofia política feminista, os estudos de gênero e as masculinidades.

Palavras-chave: Sistematização do trabalho, Homens adultos, Gênero e masculinidades.

Cómo referenciar este artículo: Hernández, I. (2016). Bases para la construcción de un grupo de trabajo formativo experiencial con varones adultos a partir de la Categoría de Género con enfoque en Masculinidades. *Pensamiento Americano*, 9(17), 121-138.



Recibido: Abril 6 de 2015 • Aceptado: Noviembre 3 de 2015

* Artículo derivado del proyecto de investigación: Género y Masculinidades - Procesos de (Re) Aprendizaje con varones adultos. Adscrito a la Línea de Investigación registrado en el Centro de Investigaciones Educativas (CIES) de la Escuela de Educación de la Universidad Central de Venezuela, bajo el N° 012-L-130514

1. Licenciado en Educación (UCV), Especialista en Educación de Adultos; docente ordinario de la Escuela de Educación de la UCV en el Departamento de Currículo; Investigador e Interventor social en las áreas de Educación Popular, Educación de Adultos, Género. gerardohernandezucv@gmail.com

Introducción

El reconocimiento del que se parte, a la hora de definir esta propuesta, se refiere a que cada día es más clara la necesidad de incorporar a los hombres al proceso por la igualdad entre los géneros. Para los hombres, esta incorporación es importante y asumirla plantea la necesidad de cambios.

Según reconoce Viveros (2002), desde los ámbitos del feminismo comienza a surgir, a finales de los 80, el interés por iluminar *los itinerarios subjetivos y culturales de la masculinidad*. En concreto, se trataba de estudiar cómo la construcción de las maneras de ser hombres no favorece la equidad en las relaciones entre hombres y mujeres. De acuerdo a la misma autora, estos estudios se plantearon, entre otras cosas, intentar develar cómo se instauran y se perpetúan las desigualdades entre hombres y mujeres, a partir de las referencias y estela dejada por los Estudios de Mujeres.

Kaufman (1994), al señalar algunas de las diferentes razones que encuentra para que los hombres se acerquen al feminismo, responde de dónde surge –como consecuencia lógica– la revisión de la construcción de la marca de género en los varones y el consecuente estudio de las masculinidades. Tal como él nos dice:

- Por indagación ante la desigualdad que sufren las mujeres.
- Por un sentido de injusticia sufrida a manos de otros hombres.

- Por un sentido de culpabilidad en relación con los privilegios de los que se disfruta por ser hombre.
- Por simple decencia.

Esta propuesta de Kaufman (1994) intenta develar cómo el orden de género oprime también a los hombres, quienes, para mantener su lugar como hombres, necesitan ejercer violencia contra las mujeres, contra los hombres y contra sí mismos. Y a lo que Viveros (2002) añade al respondernos la pregunta: “por qué incluir a los hombres en los estudios de género”,

Porque:

- El género es una categoría relacional.
- La reconstrucción del lugar de las mujeres como algo ‘natural’ implica también desnaturalizar, des-universalizar y marcar a los hombres.
- Es, también, estudiar las relaciones de poder desde el punto de vista de los dominantes.

Muchos varones se han visto inmersos en rápidos procesos de cambio de los roles de género que no entienden, y se sienten presionados por diversas exigencias. Pocos esfuerzos aún se han hecho para evidenciar, en la educación de los varones, que el poder que ostentamos como tales, está viciado y que muchos de nuestros privilegios suponen aislamiento, alienación y que no solo causa dolor a las personas que nos rodean, sino también angustia, soledad y dolor a nosotros mismos. Sin embargo, esos intentos y esfuerzos van desde recuperar

contenidos omitidos de la masculinidad, tales como: la sensibilidad, el afecto, la ternura; incidir en la conveniencia de terminar y erradicar los mandatos vigentes del modelo hegemónico y sanar el complejo de la hombría para revelar y legitimar el valor de las individualidades: las masculinidades.

Muchos intentos (este en particular), como esfuerzo y deseo, parten de ver a los hombres como prójimos próximo; tal como declaran Madrigal y Tejada (2008), para muchos la condición masculina es fuente de dolor y frustración; no son tantos los que perciben su masculinidad como un placentero encuentro con la firmeza, la potencia y la capacidad creadora del hombre maduro. Pareciera existir una cierta desorientación, una dificultad en la capacidad de discriminar y atender las señales del organismo, las conductas de riesgo, la calidad y sentido de las relaciones y otras tantas manifestaciones para probarnos en un modelo impuesto. Demasiados hombres estamos física y emocionalmente distantes unos de otros.

Es en este contexto que el trabajo grupal adquiere relevancia. Los cambios en el ambiente se suceden con mayor rapidez que la habilidad para responder a ellos, quedando como prisioneros de conductas rígidas y roles estereotipados. El intercambio con pares en un clima de cooperación posibilita, a los hombres, confrontar ideas y acciones, probar conductas y superar el aislamiento emocional; al tomar contacto con las propias necesidades disminuye el riesgo de quedar sujetos a regulaciones

externas. Este proyecto es parte del esfuerzo, intento y deseo de propiciar una red solidaria, desde la cual se construya un soporte adecuado para reparar nuevas y antiguas heridas.

Se asume que el carácter preventivo y terapéutico no depende en esencia de las técnicas utilizadas, sino de la actitud, de la calidad del vínculo entre las personas y de sus posibilidades de movimiento y de acción; de las iniciativas que se consoliden en acciones y propuestas concretas, en las que, sostenida y sistemáticamente, se vaya avanzando en el camino de construir nuevas y necesarias alternativas y opciones.

Antecedentes

Investigadores y estudiosos precursores en este campo del feminismo, el género y las masculinidades –Kimmel (1996), Kaufman (1994), Conell (1993), Flood (1998); Viveros, Olavaria y Fuller (2001), Figueroa (2014), enfatizan, entre variadas determinantes, que la masculinidad no está por fuera del orden económico y de trabajo; y, en este sentido, los cambios en ese orden de género están directamente relacionados con las variaciones en el orden económico global, lo cual cuestiona la apelación continua a la naturaleza superior de los hombres como argumentación a favor del carácter natural e inevitable de la dominación masculina; y que a partir de influjos culturales como este, el cual es solo un ejemplo, se va construyendo un arquetipo que muestra y requiere más de la separación y la diferencia con otros seres humanos más que de la unión y la semejanza. En tal

sentido, Parrini (2001) apunta que dado que la mayoría de los discursos feministas constituyen un intento: “insistente, penetrante y crítico de desenmascarar a los varones y la masculinidad, no es de extrañar que una parte importante del pensamiento que se elabora en torno a la condición de la mujer apuntase a develar la condición del varón” (p.7); lo cual sirve como argumento base para establecer que:

el arquetipo tradicional de la virilidad sigue constituyendo aún el referente dominante del aprendizaje social de la masculinidad de la mayoría... de ahí la necesidad de desconstruir ese arquetipo viril y el orden simbólico de la masculinidad dominante, de ofrecer otros modelos alternativos de masculinidad que ilustren la disidencia de algunos hombres con respecto de la masculinidad hegemónica y de iluminar y valorar las aportaciones de las mujeres al saber humano y a la convivencia pacífica entre las personas en nuestras sociedades... (Lomas, 2004, p.24).

En tal sentido, se han ido develando algunos de los muchos aspectos que están implicados en el ser y construcción del sujeto masculino: el varón, a partir de lo cual, y en franca coincidencia con Madrigal y Tejada (2008), se empieza a reconocer que la propia sobrevivencia en un proceso de masculinidades implica la vivencia de mucho dolor, de reconocer los propios traumas personales y las discriminaciones sufridas y ejercidas, que son muchas y que comenzaron en un proceso duro y cruel de socialización en la infancia y que se prolongará

en la vida adulta. De ahí que se haga necesaria la asunción de la sobrevivencia como un paso al cambio personal y en la búsqueda de nuevas identidades que reconozcan la diversidad ya vivida.

Son, en buena medida, estos reconocimientos los que han permitido que grupos de hombres se formen y consoliden a partir de propuestas similares; tales como las que asume la Asociación de Hombres por la Igualdad de Género (AHIGE), de Málaga, España, la cual en su *Manifiesto* (2008) expone que los hombres contemporáneos debemos asumir la responsabilidad histórica ante las injusticias que ha generado el machismo y el modelo hegemónico del que emerge. Nos dicen que nuestra responsabilidad colectiva consiste en el reconocimiento explícito de que históricamente hemos ejercido una opresión social: “nuestra responsabilidad individual va dirigida a no convertirnos en reproductores del sexismo en nuestras vidas y relaciones... para llevar a cabo la de-construcción interior como hombres patriarcales y la reconstrucción como hombres igualitarios” (Manifiesto AHIGE, 2008, p.2).

En ese mismo sentido, y desde la teoría feminista, reconociendo algunos avances y logros en la búsqueda de la equidad inter-générica, se establece que el hombre profeminista individualizado (tal vez cualquier varón), es susceptible de verse sometido a un fuerte proceso de desterritorialización, es decir, de pérdida de coordenadas, referencias y mapas que sirvan de asidero respecto a la realidad una vez

que ha iniciado este proceso que enunciamos en las líneas anteriores, tal como señala, en este sentido, Carabí (2006).

La cuestión es que estos dilemas no son solucionables al nivel de la personalidad simplemente: contestar y transformar el estado y estatus del varón ante los tremendos cambios ya operados, los que lucen inminentes por acaecer, junto con el cúmulo ambicionado, requieren una práctica colectiva que trascienda a lo político/social y vaya más allá de lo personal/doméstico sin descuidar o desvalorizar cada ámbito, ya que es deseable y necesario considerar ambos.

Justificación de la investigación

Esta propuesta pretende consolidar una metodología para articular la teoría, la intervención y la sistematización del trabajo de formación, de-construcción y re-construcción de los patrones para el ejercicio del rol del varón en grupos de trabajo colectivo.

Como docente en ejercicio mi área de interés está asociada al trabajo con varones adultos y al ámbito de formación que va más allá del ofrecido por el sistema educativo formal, así como al currículo establecido. En este sentido, desde hace algunos años vengo realizando distintos contactos y propuestas con el fin de establecer una línea de trabajo y acción de formación académica y profesional que logre insertarse como práctica concreta en el trabajo colectivo, en el que se revelen y cobren sentido las ideas, postulados y orientaciones ofrecidas

por la filosofía política feminista, el género como categoría orientadora y las masculinidades como expresión de esta.

La experiencia de formación que se ofrece pretende ser participativa, vivencial, lúdica y reflexiva, toda vez que, insertada en el enfoque cualitativo, busca revelar aspectos subjetivos, así como propiciar el trabajo compartido entre el(los) facilitador(es) y los participantes, socializando y compartiendo los conocimientos existentes con la intención de promover la construcción de nuevos contenidos y conocimientos sobre la temática.

Los ejes fundamentales de esta experiencia de aprendizaje serán la dimensión psico-afectiva y corporal del participante.

Alcances de la investigación

Esta propuesta está dirigida a:

- Estudiantes varones adultos; en grupos heterogéneos de edad (mayores de 18 años), nivel socio-económico, zona de residencia, carrera o área de formación.
- Voluntarios y responsables con sus compromisos.
- Comprometidos con su tiempo, su entorno y con la lucha por la igualdad de género desde cualquier ámbito, ya sea laboral, social, político o cotidiano.
- Dispuestos a iniciar un trabajo sistemático, continuo y evaluado de aprendizaje personal y grupal y la construcción de nuevos conocimientos, habilidades y sobre todo actitudes en torno al género y las masculinidades.

- Se tratará de resolver colaborativamente necesidades básicas para la asistencia al grupo tales como: lugar de reunión (de preferencia, dentro de la Universidad Central de Venezuela (UCV)), el transporte hasta el lugar de encuentro, refrigerios, etc., como forma inicial de romper los estereotipos de género, el individualismo y la tradicional despreocupación masculina de los cuidados familiares y personales.

Se pretende formular una propuesta de trabajo inicial de aproximadamente 3-4 horas de duración. La dinámica grupal que se propone, como parte del proceso de aprestamiento positivo, es de una reunión participativa, experiencial, privilegiando la dimensión psico-corporal, en algún espacio dentro de la propia UCV, con el fin de potenciar su difusión y hacerla más presente y visibles en general. Un lugar que permita trabajar, discutir y conversar con cierta privacidad y tranquilidad pero que evite el aislamiento y el endogenismo.

Creemos que este grupo no debe ser únicamente de reflexión o especulación dialéctica, sino que se espera propicie las opciones de cambio de actitud personal y colectiva. Igualmente, de cada sesión, se pretende resaltar la conveniencia de que surjan, sin presiones ni grandilocuencias, pequeños o grandes propósitos individuales y grupales como indicadores de cambio o de acción. A modo de ejemplo ilustrativo, señalamos: llevar algún tipo de registro del comportamiento personal como vía de autoconocimiento, participar en una charla

o conferencia asociada al tema, propiciar una conversación informal con los amigos en torno a estos aspectos o acudir a una manifestación en contra de la violencia de género o a favor de cualquier política social pro-equidad de género.

Objetivos de la investigación

General

Sensibilizar a los participantes en el enfoque integral de género y en las masculinidades con el propósito de potenciar su acción multiplicadora; a los fines de influir y motivar un proceso de cambio en los conceptos y prácticas propias del género hacia propuestas más humanas, inclusivas, integradoras y solidarias.

Específicos

- Propiciar la reflexión de género y masculinidades en el ámbito personal de los participantes, asumiendo el cuerpo y la totalidad de la expresión personal como sus dimensiones de existencia.
- Percibir la importancia y trascendencia de este aspecto dentro del desarrollo individual a partir de la revisión de la historia personal de cada participante en revisiones colectivas.
- Distinguir en las relaciones y significación de género el ejercicio propio, único e individual de la masculinidad.

Marco teórico-conceptual

Género y masculinidades

Se parte por asumir, tal como acota Scott (1986), que el género asignado es la manera de

construir relaciones sociales articulándolas en dos polos: masculino y femenino; a partir de los rasgos biológicos visibles (especialmente los genitales) interpretados al nacer; así, según nacemos con pene, somos etiquetados como varones y se nos asigna un patrón de vida, un modelo socialmente definido y aceptado de comportamientos, valores y expectativas para ser hombres. Esa masculinidad legitimada y esperada construye el género de los hombres.

La masculinidad así construida, independientemente de culturas y geografías, y asumiendo rasgos propios locales, va siempre unida a determinadas cualidades, sobre todo asociadas con la fuerza, la violencia, la agresividad, la potencia, la inteligencia y la idea de que es necesario estar probando y probándose, continuamente, que se es “hombre”. Este modelo se convierte en prototipo y estereotipo: es la masculinidad hegemónica; modelo desde el cual se mide e interpreta a los hombres. Siendo un modelo que funciona como ideal, lo es, también, de referencia, el cual es utilizado para “medir” y probar”, como ya se dijo recién, “cuán hombre se es”.

Este modelo –la masculinidad hegemónica– presenta fisuras, grietas, fallas, a partir de las cuales van operándose diferencias, variaciones y posibilidades; alternativas que descubren maneras diversas de ser hombres.

Es por ello que viene desarrollándose la idea de que no hay un modelo de masculinidad, sino más bien de *masculinidades*, entendiendo con ello: muchos modos de ser hombre.

Dentro de estas formas de ser hombre se incluyen grupos que se reúnen para reflexionar sobre masculinidades para compartir experiencias y buscar atención a sus conflictos y áreas problemáticas.

Acerca de la conveniencia y utilidad del Género

En su ensayo *Marcos Teóricos Contemporáneos*, Angeleri (2008) valida la diversidad relativa al término de género al proponer responder la siguiente pregunta: “¿cómo son organizadas las relaciones de género a medida que transcurren?”; es decir, a medida que se van dando. Su formulación implica que la categoría de género no es previa sino “constituida históricamente”; para lo cual también resulta necesario (quizás imprescindible) tener presente la historicidad del género a nivel personal: “la feminidad y la masculinidad, como estructuras del carácter, deben ser consideradas como históricamente cambiantes, dado que no existe nada que prevenga la existencia de varias formas de caracteres sexuales surgiendo en la misma sociedad al mismo tiempo...” (Angeleri, 2008, p.12). Con lo cual, desde la perspectiva e interés de este trabajo, se supera el debate en cuanto a la multiplicidad de significados, así como a lo tremendamente abarcativo del término, puesto que, consideramos como necesario y más imperativo en relación a la definición del género, superar la ‘actitud natural’, la cual, según Garfinkel (1967), abarca una serie de axiomas *incuestionables*, empezando por la creencia de que solo hay dos géneros y, en consecuencia, que este es invariable; asumiendo, en conse-

cuencia, los genitales como signos esenciales del género y que se perpetúe, a partir de ellos, la dicotomía hombre/mujer como natural; asimismo, y como otra *consecuencia natural* todos los individuos pueden y deben ser clasificados como masculinos o femeninos. A lo cual acota Garfinkel: “las creencias que constituyen esta actitud natural son ‘incorregibles’ en la medida en que se esgrimen con tanta convicción que es casi imposible desconfiar de su validez” (1967, p.122). De ahí que acoja la postura de superar la ‘actitud natural’ o la ‘naturalización’ del género y sus implicaciones.

A partir de estas ideas, resulta conveniente y pertinente asumir la propuesta que hace Scott (1986) cuando establece que: “el género es un elemento constitutivo de relaciones sociales basadas en diferencias percibidas entre los sexos; y el sexo es una manera primordial de significar relaciones de poder” (p.23). Enfatiza también Scott, entre otros aspectos, que el género opera en múltiples campos, entre ellos los conceptos normativos, las instituciones y organizaciones sociales, así como la identidad subjetiva; por ello resulta una categoría de análisis útil porque: “proporciona una manera de decodificar el significado y de entender las conexiones complejas entre varias formas de interacción humana” (p.107), lo cual resulta como consecuencia de que: “el género está siempre definido contextualmente y reiteradamente construido” (p.56). En este sentido, sumo lo expuesto por Harding (1986) cuando reconoce, en la multiplicidad de significados conferidos al género, el mérito de: “proporcio-

nar una explicación coherente de las intrincadas conexiones que vinculan la *psique* a la organización social, los papeles sociales a los símbolos culturales, las creencias normativas a la experiencia del cuerpo y la sexualidad” (p.7).

Tanto Scott como Harding ofrecen y abren un espacio para la revisión del género a partir de delimitarlo en cuanto a las interrelaciones de sistemas de símbolos; preceptos normativos; estructuras sociales e identidades subjetivas.

El género, la transversalidad y la construcción de masculinidades

Ya hemos revisado el género asignado como la manera de construir relaciones sociales articuladas en dos polos: masculino y femenino, a partir de los rasgos biológicos visibles, especialmente los genitales, interpretados al nacer e inclusive, ya desde antes. Así lo expresan Madrigal y Tejeda en su recopilación “Acercándonos a las Masculinidades” (2008), en el cual agregan: “según nacemos con un pene somos etiquetados como hombres y se nos asigna un patrón de vida, un modelo socialmente definido y aceptado de comportamientos, valores y expectativas para ser hombres” (p.7).

En un sentido más amplio y abarcativo, Morgade (2006) apunta a la revisión y comprensión del estudio del género haciendo un recorrido crítico completo de cómo las sociedades han sido estructuradas por este “marco ideológico”, el cual, nos dice, se inicia con la ideología patriarcal y termina, necesariamente, en una revisión y reconstrucción social y personal.

En tal sentido, esta revisión implica una aproximación a los procesos en los que se expresa, se reproduce y se transforman las formas establecidas de “ser mujer” y de “ser varón”. A lo que Morgade agrega y precisa: “la sociedad moderna está caracterizada por una configuración de relaciones entre los sexos signada por la desigualdad” (2006, p.9). De ahí se desprende que el conjunto de las expectativas y valores sociales establecidos para lo femenino y lo masculino constituya un “sistema de relaciones de género” (Morgade, 2006, p.11).

La interiorización de las relaciones de género es clave en la construcción de nuestra identidad, como varones (o como mujeres), así como que nuestro comportamiento y aceptación del mismo favorece “su fortalecimiento y adaptación tanto en las estructuras sociales como en las instituciones, todo lo cual se va expresando en tareas y momentos particulares de nuestras vidas que nos permiten responder a relaciones cambiantes” (Kaufman, 1989, p.135).

Dicho en otras palabras y ampliando lo ya dicho hasta ahora, el estudio de género obliga a hacer frente a aspectos históricos, culturales, políticos, sociales, económicos, familiares, generacionales y transgeneracionales; desembozada, indefectiblemente, en revisiones biográficas y de características de personalidad, recursos individuales, así como de otros que aún puedan reconocerse e incluirse. Todo lo cual va robusteciendo al género como un “organizador privilegiado del psiquismo humano” haciéndolo a través de las normativas hegemónicas de

género. Estas normativas hegemónicas de género suponen pensar en “un corpus construido socio-históricamente de producción ideológica, pero naturalizado y formado en ideales e ideas base que se expresan a través de creencias matrices sobre el deber ser de la mujer y, particularmente, del varón” (Kimmel, 1996, p.98), creencias, a su vez, generadoras de mandatos imperativos del deber ser (prescriptivas) o del no deber ser (proscriptivas) que requieren ser cumplidas para reconocerse como una identidad femenina o masculina valiosa para sí.

La identidad masculina

Al hablar de identidad masculina se hace referencia a las características adjudicadas a la masculinidad en un momento histórico, geográfico, cultural y social determinado. Lozoya (1999) precisa en cuanto a esto que: “las características que solemos identificar como masculinas no son innatas, sino consecuencia de un proceso de socialización que pretende un determinado patrón de relaciones entre los sexos... y la condición masculina es, por tanto, un producto social...” (p.3). También expone este autor que el proceso de construcción de la identidad, condición y subjetividad masculinas se prolonga a lo largo de toda la vida y no termina nunca y que intenta, siempre, “reducir las diferencias potenciales entre hombres para ajustarlos a un modelo preexistente” (p.3).

De ahí que tenga sentido asumir la línea de aquellos autores (Cantera, 1999; Kaufman, 2001) que abordan la identidad masculina (o

femenina) como fruto de una construcción social; es decir, desde una perspectiva de género.

Este planteamiento obliga a tener en cuenta los factores sociales, culturales, económicos, políticos y demás de cada sociedad; es decir, ser hombre no tiene el mismo significado para todos los hombres (o mujeres) ni siquiera dentro de un mismo sistema cultural.

En este sentido Kimmel (1999) sostiene que las definiciones de masculinidad están cambiando constantemente y que no viene en nuestro código genético, también afirma que la masculinidad se construye socialmente, cambiando desde una cultura a otra, en una misma cultura a través del tiempo; durante el curso de la vida de cualquier hombre individualmente; así como entre diferentes grupos de hombres según su clase, raza, grupo étnico y preferencia sexual.

Estos patrones de género, los cuales son asignados desde antes del nacimiento, van siempre unidos a determinadas cualidades y atributos que se consolidan en un modelo definido de ser hombre; el cual prevalece y se convierte en el “modelo fundante: los hombres somos educados en un ambiente en el que se nos exige la afirmación constante de esos atributos definitorios de la masculinidad...” (Madrigal & Tejada, 2008, p.54).

Algunos de estos atributos quedan expresados en la síntesis que, muy ilustrativa y apasionadamente, ofrece Cazés (2004):

A los hombres nos pertenece de manera inalienable el protagonismo social e histórico, la organización y el mando, la inteligencia, el poder público y la violencia policíaca y castrense, las capacidades normativas y las reglas del pensamiento, así como la enseñanza y la moral, la creatividad y el dominio, la conducción de los demás y las decisiones sobre las vidas propias y ajenas, la creación y el manejo de las instituciones, la medicina y la relación con las deidades, la definición de los ideales y de los proyectos. En una palabra, la vida pública, lo importante, lo trascendente, lo prestigioso (p.42).

A partir de lo cual, agrega el mismo autor, de manera explícita e implícita, se espera esto de cada hombre, sino como expectativa total, al menos un ‘mínimo’ que, asumido suficientemente, lo envista de su rol y condición; lo cual resulta, según reconoce, ineludible.

Lomas (2004) complementa lo anterior diciendo que no es necesario profundizar mucho para comprender el peso gigantesco que estas expectativas sociales y culturales hacen caer sobre los hombres, sobre cada hombre, “como destino y proyecto vital irrevocable... Y de lo que ello resulta es, en realidad, una enajenación que puede llegar a ser absoluta y en la que cada hombre debe renunciar a casi todas (o todas) las gratificaciones vitales” (p.42).

Lomas también confirma múltiples masculinidades y lo vincula al deseo de muchos varones que, diariamente, realizan diversas

prácticas y tienen diferentes vivencias y que se han atrevido a explorar, a través de relaciones y posiciones íntimas, sociales y políticas distintas a las tradicionalmente establecidas para los varones, a modo de reducto para la salvación de nosotros los hombres de ese modelo hegemónico e inhumano por inalcanzable.

Sobre esto Carabí (2006) resalta como importante propiciar el desarrollo de varios modelos de masculinidad alternativos, no supeditados a un patrón racionalista, exclusivista y antihumano. Afirma que se necesita que los nuevos modelos sean abiertos, plurales e integradores, tanto a nivel intergenérico como intragenérico; en los que sea bien explícito y bien reconocido el desarrollo de relaciones equitativas con las mujeres, y en un acercamiento más íntimo y solidario entre varones.

Esta “construcción” empieza y pasa por constituirse a partir de la diversidad de opiniones y posiciones mantenidas por varones con diferentes tendencias e inclinaciones, en las que predomine una concepción abierta, plural, flexible y dinámica que pueda dar cabida a toda esa diversidad de formas que la masculinidad puede adquirir.

Asturias (1997) opina que el cambio no puede resolverse terapéuticamente, en forma personal, como una renovación interior, sino, más bien, de forma política y grupal, dado que el crecimiento personal no conducirá, automáticamente, a acciones personales políticas que apoyen la igualdad de género y es por ello que

las estrategias grupales y colectivas son vitales para dismantelar la opresión.

Según propone Carabí (2006) entre las características y planteamientos que surgen para el levantamiento de nuevos modelos para el varón están: mantener la confianza y seguridad en sí mismos; abogar por una personalidad más pacífica, abierta y receptiva; mantener el carácter erótico, libre, enérgico y fuerte; pero todo ello soportado sobre una base no opresiva o que exija la subordinación de otros y que, por el contrario, estén basados en una concepción igualitaria y no jerárquica, antisexista, antirracista y antihomofóbicas.

Otro aspecto a tener presente es el de liberar al hombre del mandato de detentar el control y propiciar el compartir el poder. Toda esta propuesta obliga al varón a hacerse consciente de su realidad en lo que concierne a la construcción tradicional de la masculinidad de manera de someterla a un análisis crítico que lo envista como artífice de su propio cambio a partir de asumirlo como valioso desde su esfera personal, llevándolo a ser receptivo hacia otros varones inmersos en el cambio a fin de apoyarse mutua y recíprocamente.

Marco metodológico

Tipo y diseño de investigación

Esta propuesta surge, parcialmente, como resultado de un trabajo experimental conformado a partir de mi experiencia como varón adulto en diferentes procesos de sensibilización en el área de género y masculinidades, las cua-

les han permeado mi hacer docente en el ámbito no formal. Así también, se enmarca dentro del enfoque cualitativo, toda vez que intenta profundizar en aspectos subjetivos surgidos en diferentes dimensiones de la interacción e interdependencia socio-cultural en las que nos reconocemos hombres y mujeres. Es de naturaleza inductiva, considerando que se esperan obtener hallazgos más que partir de supuestos pre-establecidos; así como holística, dada la significación de articular los resultados en alguna forma conceptual dentro del quehacer educativo y formativo, con lo cual esperamos desarrollar un análisis descriptivo y significativo de los datos recabados, apoyándonos en las experiencias reportadas por los participantes.

Abarca un diseño inscrito en la metodología general de la investigación-acción, en el cual se determinan y establecen las condiciones de un grupo social, se diseña e implementa una serie de acciones con objeto de mejorar dicha situación problemática del grupo, y se evalúan los efectos o el impacto de las acciones que se han puesto en práctica durante el proceso (Montero, 2006).

Algunos grupos de trabajo con varones, entre los que señalamos, de manera particular, el trabajo que sostenidamente ha venido realizando la Escuela Equinoccio (El Salvador); y, a modo referencial el colectivo WEM (Costa Rica), entre algunos otros colectivos como Porotos (en Chile) y la Red de Masculinidades (Colombia), los cuales han venido desarrollando estrategias e intervenciones socio-edu-

cativas en las que, intencionalmente o no, esta opción teórico-metodológica está sirviendo de base para consolidar el trabajo que se lleva adelante. Lo cual, como ya ha quedado establecido, no resulta fácil, mucho más si consideramos que no existen modelos de intervención probados a los que apelar. De algún modo, todo lo referido al trabajo con los procesos de re-aprendizaje desde la perspectiva de género, orientado al trabajo con hombres, exige mucha creatividad, experimentación y consistencia, debido, quizás parcialmente, a lo que Connell (2003) señala como un reconocimiento históricamente reciente.

Creemos, en este sentido, que vincular, aproximar y sistematizar las experiencias que se van acumulando, así como aupear las que puedan ir surgiendo, apoyarían estas iniciativas, sobre todo para ir distanciándonos de esa percepción de que no se ha hecho mucho, o que constantemente se está 'arrancando de cero' ante una demanda tan exigente y perentoria. Igualmente, como señala Montero (2006), resulta necesario estrechar los vínculos y relaciones entre el ámbito académico y las intervenciones sociales.

Vargas Uría (2014) significa el trabajo con hombres como:

El conjunto de prácticas que emanan de la reflexión sobre la construcción de género masculino y que se traducen... en el desarrollo de procesos de reeducación que permiten demostrar que no existe una sola for-

ma de ser hombre. Es decir, que se pueden des-aprender las conductas asumidas como naturales... para re-aprender otras formas de auto-conocimiento que, a la postre, generan relaciones humanas sustentadas en el respeto, la sensibilidad, la equidad y la igualdad (p.6).

A los fines de darle respaldo metodológico a esta opción de intervención social, seguidamente se enuncian algunas consideraciones en lo referido a la sistematización como proceso de apoyo y seguimiento a los aprendizajes.

Entre los planteamientos más generales y definitorios de los procesos de esta opción metodológica, Jara (2006) señala que se utiliza dentro de la educación popular y para los proyectos sociales; partiendo de la idea de que las experiencias son procesos colectivos e individuales, en tal sentido son procesos socio-históricos, dinámicos y complejos; en tales experiencias intervienen muchos elementos: condiciones, situaciones, acciones, percepciones, emociones. De ahí que toda experiencia se hace siempre en determinadas condiciones de un contexto económico, social y político, a nivel local, nacional o mundial; así como también en situaciones particulares. Señala este autor que “toda experiencia está dentro de una situación particular, que puede ser institucional o grupal y, por supuesto, particular” (Jara, 2006, p.4). Las experiencias están constituidas por acciones, pero también con nuestras percepciones; están constituidas también por: sensaciones, emociones e interpretaciones de las personas

que viven esas experiencias. Toda experiencia está enmarcada por las características de los sujetos; las experiencias son vividas con expectativas, sueños, esperanzas, ilusiones, ideas e instituciones. Las personas hacemos esos procesos, pero esos procesos también marcan a las personas: nos impactan, condicionan, exigen, hacen ser y, en ese sentido, las experiencias tienen efectos e impactos. En lo que reconocemos latente una de las implicaciones de las políticas de equidad de género: encontrar vías y medios para reconocer intereses y necesidades legítimas de los varones, sin debilitar la efectividad de las políticas de avanzar en los intereses de las mujeres.

Por todo lo anterior, es que resulta tan necesaria como exigente la tarea de buscar comprenderlas, extraer sus enseñanzas y comunicarlas. Buscar la apropiación crítica de las experiencias vividas, compartiendo con otras personas lo aprendido. Afirma Jara que:

La sistematización es aquella interpretación crítica de una o varias experiencias que, a partir de su ordenamiento y reconstrucción, descubre o explicita la lógica del proceso vivido en ellas: los factores que intervinieron, cómo se relacionaron entre sí y por qué lo hicieron de ese modo (2006, p.2).

Las sistematizaciones, concebidas de esta manera, significa reconstruir lo que sucedió, se hace la recuperación histórica de lo sucedido, se ordenan los distintos elementos que sucedieron a lo largo de esos procesos. Reconstruir

y ordenar lo sucedido para transformar y sacar lecciones supone una postura epistemológica, social, política y cultural; tal como lo propone la psicología social comunitaria, desde lo teórico y la investigación-acción participativa, desde lo metodológico. Luego, hay que saber qué hacer con todo eso: entender, comprender, interpretar a fondo, identificar causas, las consecuencias, efectos y raíces de esos fenómenos. Asimismo, las contradicciones, las continuidades, discontinuidades, coherencias e incoherencias. De las cuales puedan surgir posturas epistemológicas e igualmente, propuestas metodológicas que permitan reconstruir lo que ocurrió; así como categorías de análisis y teóricas para poder interpretar lo acontecido, para sacar lecciones, conclusiones que iluminen e inspiren prácticas futuras. Lo cual puede resultar efectivo a la hora de evaluar la efectividad de diferentes acciones educativas con varones, para así apoyar el ideal de incluir métodos efectivos para promover la equidad de género dentro de los sistemas educativos: formales, no formales e informales; cuya pertinencia destaca Jara (2006) al propugnar que la sistematización y los procesos de sistematización, sirven para:

- Tener una comprensión profunda de lo acontecido, para mejorar y transformar la práctica.
- Compartir enseñanzas con otras prácticas semejantes.
- Desarrollar la capacidad creativa de los sujetos.

Por otro lado, en algunas de las consideraciones metodológicas que presenta, distingue

que se precisa un eje común, para que, críticamente, se analicen varias experiencias a partir de este. Asimismo, se requieren ciertas condiciones, destaca, por ejemplo que:

- No puede darse de manera espontánea, requiere de intención y conciencia; debe tener un rigor, orden y condiciones individuales.
- Debe haber interés y disposición de aprender de la experiencia.
- Debe tener sensibilidad para dejar hablar a la experiencia por sí misma.
- Debe tener habilidad para hacer análisis y síntesis.

En el mismo sentido, agrega que es muy importante que la sistematización se haga en un marco institucionalizado; en tal sentido debe:

- Ser una prioridad para la política de la institución o para la organización.
- Tener interés por buscar coherencia en el trabajo en equipo.
- Desarrollar un proceso acumulativo en las instituciones.

Estas consideraciones, referidas al trabajo con varones, creemos que pueden apoyar el reto de trabajar con ellos, ya que ofrecen orientaciones para establecer condiciones en las que los propios implicados ofrezcan su comprensión acerca del tema, se posicionen frente a las demandas que la sociedad entera reclama, enmarcada en la implementación de políticas activas que logren transitar del discurso a la praxis. Sí, como se ha venido insistiendo, se trata de crear relaciones humanas sustentadas en el respecto, la equidad y la sensibilidad entre

hombres y mujeres, debemos partir de compartir la responsabilidad: tal como acota Colín (2014): “no se puede avanzar en la igualdad de género sin involucrar a los varones, puesto que no es un problema de las mujeres, sino de la sociedad en conjunto” (p.12).

Reiterando parte de lo ya referido, algunas experiencias en las que he participado, así como esta que propongo, pretenden ofrecer un marco teórico-metodológico que permita reconocer y aprovechar aquellos aspectos que faciliten su réplica. Igualmente, debo decir que es una tarea pendiente en la que espero aportar y participar más efectivamente, en la medida en la que pueda completar, al menos parcialmente, los planteamientos aquí expresados y que, de seguro, va a resultar más factible y cierto, en la medida en que logre aglutinar esfuerzos e interesados en la misma dirección; así como también, en la medida en que logre convocar entes y acciones ya incorporados en iniciativas similares.

Algunas conclusiones y reflexiones como cierre tentativo

Soy uno más de aquellos que creen importante propiciar el desarrollo de varios modelos de masculinidad alternativos, no supeditados a un patrón racionalista, exclusivista y antihumano; coincidiendo en que se necesita que los nuevos modelos sean abiertos, plurales e integradores, tanto a nivel intergénerico como intragénerico; en los que sea bien explícito y bien reconocido el desarrollo de relaciones equitativas con las mujeres, y en un acercamiento más

íntimo y solidario entre varones. Esta ‘construcción’ empieza y pasa por constituirse a partir de la diversidad de opiniones y posiciones mantenidas por varones con diferentes tendencias e inclinaciones, en las que predomine una concepción abierta, plural, flexible y dinámica que pueda dar cabida a toda esa diversidad de formas que la masculinidad puede adquirir.

Autores como Asturias (1997) opinan que el cambio no puede resolverse terapéuticamente, en forma personal, como una renovación interior, sino, más bien, de forma política y grupal, dado que el crecimiento personal no conducirá, automáticamente, a acciones personales políticas que apoyen la igualdad de género y es por ello que las estrategias grupales y colectivas son vitales para dismantelar la opresión. Según propone Carabí (2006), entre las características y propuestas que surgen para el levantamiento de nuevos modelos para el varón están: mantener la confianza y seguridad en sí mismos; abogar por una personalidad más pacífica, abierta y receptiva; mantener el carácter erótico, libre, enérgico y fuerte; pero todo ello soportado sobre una base no opresiva o que exija la subordinación de otros y que, por el contrario, estén basados en una concepción igualitaria y no jerárquica, antisexista, antirracista y antihomofóbicas. Otro aspecto a tener presente es el de liberar al hombre del mandato de detentar el control y propiciar el compartir el poder. Toda esta propuesta obliga al varón a hacerse consciente de su realidad en lo que concierne a la construcción tradicional de la masculinidad de manera de someterla a un análisis crítico que

lo envistan como artífice de su propio cambio a partir de asumirlo como valioso desde su esfera personal, tanto en aspectos socio-culturales como psico-afectivos.

Son, en buena medida, aspectos como estos los que han permitido que grupos de hombres se agrupen y consoliden a partir de propuestas similares; tales como las que asume la Asociación de Hombres por la Igualdad de Género (Málaga, España), la cual en su *Manifiesto* (2008) expone que los hombres contemporáneos debemos asumir la responsabilidad histórica ante las injusticias que ha generado el machismo y el modelo hegemónico del que emerge. Nos dicen que nuestra responsabilidad colectiva consiste en el reconocimiento explícito de que históricamente hemos ejercido una opresión social: “nuestra responsabilidad individual va dirigida a no convertirnos en reproductores del sexismo en nuestras vidas y relaciones... para llevar a cabo la de-construcción interior como hombres patriarcales y la reconstrucción como hombres igualitarios” (Manifiesto AHIGE, 2008, p.2); a partir de lo cual resaltamos planteamientos como los que hace Pineda (2003), considerando que al estudiar las acciones personales en cualquier ámbito social, se requiere contar con un marco teórico que explique las subjetividades de los individuos y sus identidades como hombres o como mujeres. De ahí que compartamos la idea de que estudios como estos permitirán mirar a los hombres ya no en su condición de proletarios, padres, empresarios, etc., sino en

su intersección subjetiva como seres con identidades de género –cualquiera que esta sea– y en su construcción cultural como hombres; a partir de lo cual será posible plantearse superar diversos estereotipos, para lograr descubrir, entonces, esa mitad olvidada en los estudios de género, destacando sus diferencias a partir de la configuración cultural de las relaciones de poder con las mujeres y entre distintos grupos de hombres.

Referencias

- AHIGE-Asociación de Hombres por la Igualdad de Género (2008). *Manifiesto por el desarrollo de igualdad dirigido a hombres*. Consultado el 25 de agosto de 2008. Disponible en: http://www.ahige.org/AHIGE_Manifiesto.pdf
- Angeleri, S. (2008). *Marcos teóricos contemporáneos*. Caracas, Venezuela: Universidad Central de Venezuela.
- Asturias, L. (1997). “Construcción de la masculinidad y relaciones de género”. Ponencia presentada en el foro *Mujeres en lucha por la igualdad de derechos y la justicia social*, realizado en Ciudad de Guatemala el 5 de marzo de 1997. Consultado el 23 de enero de 2009. Disponible en: <http://www.artnet.com.br/~marko/artasturias.htm>
- Cantera, L. (1999). *Te pego porque te quiero: La violencia en la pareja*. Barcelona, España: Universidad Autónoma de Barcelona.
- Carabí, A. (2006). *Nuevas masculinidades*. Frantisek Hliva.

- Cazés, D. (2004). "El feminismo y los hombres". En C. Lomas (Comp.), *Los chicos también lloran*. Barcelona, España: Paidós.
- Colín, A. R. (2014). "Involucrar a los hombres en la conciliación con corresponsabilidad social como política de Estado". *Dfensor*, (3), 11-16.
- Connell, R. (1993) *The Role of Men and Boys in Achieving Gender Equality*. Brazilia, United Nations.
- Figueroa, J. G. (2014). "Masculinidades y políticas de equidad de género". *Dfensor*, (3), 43-50.
- Flood, M. (1998). "Homophobia and masculinities among young men (Lessons in becoming a straight man)". Presentation to teachers, Professional Development Training, O'Connell Education Centre, Canberra.
- Garfinkel, H. (1967). "Studies in ethnomethodology". En *Debate Feminista*, 20(10).
- Harding, S. (1986). *The science question in feminism*. Ithaca, N.Y., Estados Unidos: Cornell University Press.
- Jara, O. (2006). *Dilemas y Desafíos de la Sistematización de Experiencias*. Costa Rica: Centro de Estudios y Publicaciones-Alforja.
- Kaufman, M. (1994). *Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias del poder entre los hombres: Género e identidad*. Bogotá, Colombia: Tercer Mundo Editores.
- Kaufman, M. (2001). "Effective education with boys and young men to help end violence against women". Informe para el Gobierno de Ontario, Canadá.
- Kaufman, M. (1989). *Hombres, placer, poder y cambio*. Santo Domingo, República Dominicana: Taller.
- Kimmel, M. (1999). *La Producción Teórica sobre la Masculinidad: Nuevos aportes*. México: Universidad Autónoma de la Puebla Plaza; Valdés Editores.
- Kimmel, M. (1996). *Manhood in America: A cultural history*. Nueva York, Estados Unidos: The Free Press.
- Lomas, C. (Comp.) (2004). *Los chicos también lloran*. Barcelona, España: Paidós.
- Lozoya, J. (1999). *Políticas de alianzas: El movimiento de hombres y el feminismo*. Granada, España: Almuñecar.
- Madrigal, L. & Tejeda, W. (2008). *Acercándonos a las masculinidades*. San Salvador, El Salvador: Centro Bartolomé de las Casas.
- Montero, M. (2006). *Hacer para transformar – El método en la psicología comunitaria*. Buenos Aires: Paidós.
- Morgade, G. (2006). *Aprender a ser mujer, aprender a ser varón*. Buenos Aires, Argentina: Novedades Educativas.
- Parrini, R. (2001). "Apuntes acerca de los estudios de masculinidad, de la hegemonía a la pluralidad". FLACSO, Chile. En línea. Disponible en: file://A:/Red de Masculinidad.http://www.flacso.cl-htm. Fecha de recuperación: 15-03-2012

- Pineda, J. (2003). *Masculinidades, género y desarrollo. Sociedad civil, machismo y microempresa*. Bogotá: Uniandes.
- Scott, J. (1986). *Gender: An useful category for historical analysis*. Nueva York, Estados Unidos: New York Press.
- Universidad Académica de Humanismo Cristiano (2011). *Estructura, Temperamento y Carácter*. Santiago: UAHC.
- Vargas Urías, M. (2014). "Un paso necesario: el trabajo con hombres para avanzar hacia la igualdad de género". *Dfensor*, (3), 05-11.
- Viveros, M. (2002). *De quebradores y cumplidores: Sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia*. Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia, Fundación Ford, Profamilia.
- Viveros, M., Olavaria, J. & Fuller, N. (2001). *Identidades masculinas: Investigaciones desde América Latina*. Bogotá, Colombia: Universidad Nacional.